

"¿Qué le pasa, por qué anda siempre solo?"

Alejandro miró al hombre que le preguntaba y se encogió de hombros.

"De que tiene miedo? ¿De comprometerse? Si los que estamos aquí ya estamos jodidos. Nos tienen fichados. ¿Ya lo interrogaron?"

"No. Todavía no".

Y como el hombre lo miraba sonriéndolo, como incitándolo a hacer confidencias, Alejandro ~~se~~ pateó el suelo de cemento de las graderías del estadio y dijo como para sí, pero ~~o~~ suficientemente alto como para que el otro lo oyera: "Hace frío esta mañana. Hay que caminar para no entumirse" y se alejó golpeando fuerte el cemento ~~se~~ para que estuviera claro que si se iba, si caminaba solo, no era por eludir la compañía de los otros prisioneros, sino porque necesitaba entrar en calor.

Era cierto que Alejandro rehuía la compañía. En el camarín donde permanecía las noches hacinados con veinte otros presos, conversaba lo suficiente como para no parecer sospechoso a sus compañeros, pero evitaba toda referencia ~~personal~~ personal. Cuando le preguntaban por qué lo habían traído al Estadio, se encogía de hombros y daba por toda explicación que había sido interventor de una fábrica de paños. Y la verdad era que no encontraba otra razón para estar ahí encerrado con dirigentes sindicales, intelectuales ~~se~~ izuquedistas, dirigentes políticos de diversas posiciones.

No quería que lo confundieran. El ni era político, ni extremista, ni usaba ese vocabulario con incrustaciones de términos sociológicos marxistas. Alejandro era un profesional. Un ingeniero. De izquierda, sí, pero... ¿Quién no era de izquierda? y cuando la fábrica en la que trabajaba desde que ~~se~~ recibiera su título fué nacionalizada y entró al área social, firmó proclamas colectivas, adhirió a declaraciones cuyos términos ~~se~~ íntimamente le repugnaban por su vaguedad, su falta de concreción técnica, ~~se~~ y vió su oportunidad de poner en práctica sus ideas sobre lo que debía ser la administración de esa empresa <sup>que</sup>, hasta ese ~~se~~ momento sólo había servido para llenar los bolsillos de los dueños libaneses. Y tuvo la oportunidad. Pero ~~pero~~ ~~se~~ pudo hacer. Esa palabrería, ese desorden, esa libertad anárquica en que había quedado sumida la fábrica después de su nacionalización, lo hastiaba, pero por otro lado le daba ese poder, más aparente que real, que había anhelado durante tanto tiempo.

Y así lo sorprendió el golpe. Cuando el 15 de Setiembre, obedeciendo las proclamas de las nuevas autoridades, había ido a su oficina para entregar la fábrica, había sido detenido y enviado al Estadio Nacional. 20 días habían pasado desde entonces y mientras ~~se~~ oía llamar por los atorpalantes a otros prisioneros ~~se~~ para ser interrogados y mientras veía volver a muchos ellos con sus cuerpos destrozados, esperaba su turno, imaginando una y otra vez cual sería el interrogatorio el que siempre, por diferente que fueran los caminos que tomaba su imaginación, terminaba con un oficial que le decía, a veces sonrientes otras en forma grosera, que podía irse, que no había cargos en su contra.

Se sentó ~~se~~ en las graderías bajo la torre sur, Allí había un claro que le permitía una ascéptica soledad. De seguro, los guardias ya habían advertido que él no se juntaba con el resto, que no era de los mismos. Se acordó que desde ahí mismo, una noche de verano calurosa, había asistido al clásico universitario, casi al lado de la barra de la U y ~~se~~ había enronquecido cantando "arriba los valientes luchadores de la U, de la U, al aire van flamenado...." ¡Qué joder! Y ahora...

El altoparlante vomitó su nombre. Quedó un instante paralizado. ~~se~~ ¿Había oído bien? ~~se~~ Se levantó y bajó la escala apresuradamente. Se le había producido un blanco en el cerebro. No recordaba todo lo ensayado, todo lo imaginado. Ahora era verdad. ¿Y ~~se~~ lo torturaban?

